

formarse siempre con él.» «Nuevo camino para ser uno rey, dijo aquí Sabino vuelto á Juliano, es este que nos ha descubierto Marcelo. Y no sé yo si acertaron con él algunos de los que antiguamente escribieron acerca de la crianza é institucion de los príncipes, aunque bien sé que los que agora viven no le siguen. Porque en el no saber padecer tienen puesto lo principal del ser rey.» «Algunos, dijo al punto Juliano, de los antiguos quisieron que el que se criaba para ser rey se criase en trabajos, pero en trabajos de cuerpo, con que saliese sano y valiente; mas en trabajos de ánimo que le enseñasen á ser compasivo, ninguno, que yo sepa, lo escribió ni enseñó. Mas si fuera aquesta enseñanza de hombres, no fuera aquesta rey de Marcelo rey propiamente hecho á la traza y al ingenio de Dios, el cual camina siempre por caminos verdaderos, y por el mismo caso contrarios á los del mundo, que sigue el engaño.

«Así que, no es maravilla, Sabino, que los reyes de agora no se precien para ser reyes de lo que se preció Jesucristo, porque no siguen en el ser reyes un mismo fin. Porque Cristo ordenó su reinado á nuestro provecho, y conforme á esto, se cualificó á sí mismo y se dotó de todo aquello que parecia ser necesario para hacer bien á sus súbditos; mas estos que agora nos mandan, reinan para sí, y por la misma causa no se disponen ellos para nuestro provecho, sino buscan su descanso en nuestro daño. Mas aunque ellos, cuanto á lo que les toca, desechen de sí este amaestramiento de Dios, la experiencia de cada día nos enseña que no son los que deben por carecer dél. Porque ¿de dónde pensais que nace, Sabino, el poner sobre sus súbditos tan sin piedad tan pesadimosos yugos, el hacer leyes rígorosas, el ponerlas en ejecucion con mayor crueldad y rigor, sino de nunca haber hecho experiencia en sí de lo que duele la afliccion y pobreza?» «Así es, dijo Sabino; pero ¿qué ayo osaria ejercitar en dolor y necesidad á su príncipe? O si osase alguno, ¿cómo sería recibido y sufrido de los demás?» «Esa es, respondió Juliano, nuestra mayor ceguedad, que aprobamos lo que nos daña, y que tendríamos por bajeza que nuestro príncipe supiese de todo, siendo para nosotros tan provechoso como habeis oido, que lo supiese. Mas, si no se atreven á esto los ayos, es porque ellos y los demás que crian á los príncipes los quieren emponer en el ánimo á que no se precien de bajar los ojos de su grandeza con blandura á sus súbditos, y en el cuerpo á que ensanchen el estómago cada día con cuatro comidas, y á que aun la seda les sea áspera y la luz enojosa.

«Pero aquesto, Sabino, es de otro lugar, y quitamos en ello á Marcelo el suyo, ó por mejor decir á nosotros mismos el de oír enteramente las cualidades de aqueste verdadero rey nuestro.» «A mí, dijo Marcelo, no me habeis Juliano, quitado ningun lugar, sino antes me habeis dado espacio para que con mas aliento prosiga mejor mi camino. Y á vos, Sabino, dijo volviéndose á él, no os pase por la imaginacion querer concertar ó pensar que es posible que se concierten las condiciones que puso Dios en su rey con las que tienen estos reyes que vemos. Que si no fueran tan diferentes del todo, no le llamara Dios señaladamente su rey, ni su reino dellos se acabara con ellos y el de nuestro rey fuera

sempiterno, como es. Así que, pongan ellos su estado en la altivez, y no se tengan por reyes si padecen alguna pena; que Dios, procediendo por camino diferente, para hacer en Jesucristo un rey que mereciese ser suyo, le hizo humildísimo para que no se desvaneciese en soberbia con la honra, y le sujetó á miseria y á dolor para que se compadeciese con lástima de sus trabajados y doloridos súbditos. Y demás desto, y para el mismo fin de buen rey, le dió verdadero y perfecto conocimiento de todas las cosas y de todas las obras dellas, así las que fueron como las que son y serán; porque el rey, cuyo oficio es juzgar dando á cada uno su merecido, y repartiendo la pena y el premio, si no conoce él por sí la verdad, traspasará la justicia; que el conocimiento que tienen de sus reinos los príncipes por relaciones y pesquisas ajenas, mas los ciega que los alumbrá.

«Porque, demás de que los hombres por cuyos ojos y oídos ven y oyen los reyes muchas veces se engañan, procuran ordinariamente engañarlos por sus particulares intereses é intentos. Y así, por maravilla entra en secreto real la verdad. Mas nuestro rey, porque su entendimiento, como clarísimo espejo, le representa siempre cuanto se hace y se piensa, no juzga, como dice Esaías (a), ni reprehende ni premia por lo que al oído le dicen ni segun lo que á la vista parece, porque el un sentido y el otro sentido puede ser engañado; ni tiene de sus vasallos la opinion que otros vasallos suyos aficionados ó engañados le ponen, sino la que pide la verdad, que él claramente conoce. Y como puso Dios en Cristo el verdadero conocer á los suyos, ansimismo le dió todo el poder para hacerles mercedes. Y no solamente le concedió que pudiese, mas tambien en él mismo, como en tesoro, encerró todos los bienes y riquezas que pueden hacer ricos y dichosos á los de su reino. De arte que no trabajarán remitidos de unos á otros ministros con largas. Mas, lo que es principal, hizo para perfeccionar este rey que sus súbditos todos fuesen sus deudos, ó por mejor decir, que naciesen dél todos, y que fuesen hechura suya y figurados á su semejanza. Aunque esto sale ya de lo primero, que toca á las cualidades del rey, y entra en lo segundo que propusimos, de las condiciones de los que en este reino son súbditos; y digamos ya de ellas.

«Y á la verdad casi todas ellas se reducen á esta, que es ser generosos y nobles todos y de un mismo linaje. Porque, aunque el mando de Cristo universalmente comprehende á todos los hombres y á todas las criaturas, así las buenas como las malas, sin que ninguna dellas pueda eximirse de su sujecion, ó se contente dello ó le pese; pero el reino suyo de que agora vamos hablando, y el reino en quien muestra Cristo sus nobles condiciones de rey, y el que ha de durar perpétuamente con él descubierta y gloriosa (porque á los malos tendrán encerrados y aprisionados y sumidos en eterno olvido y tinieblas); así que, este reino son los buenos y justos solos, y destos decimos agora que son generosos todos y de linaje alto y todos de uno mismo. Porque dado que sean diferentes en nacimientos, mas, como esta mañana se dijo, el nacimiento en que se diferencian, fué nacimiento perdido y de quien caso no se ha-

(a) Esai. 11. v. 3.

ce para lo que toca á ser vasallos en este reino, el cual se compone todo de lo que san Pablo llama nueva criatura, cuando á los de Galacia escribe, diciendo (a): — Acerca de Cristo Jesús, ni es de estima la circuncision ni el prepucio, sino la criatura nueva. — Y así, todos son hechura y nacimiento del cielo y hermanos entre sí, y hijos todos de Cristo en la manera ya dicha.

«Vió David esta particular excelencia deste reino de su nieto divino, y dejóla escrita breve y elegantemente en el salmo 109, segun una lición que así dice (b): — Tu pueblo príncipes, en el día de tu poderío. — Adonde lo que decimos príncipes, la palabra original, que es *nedaboth*, significa al pié de la letra liberales, dadivosos ó generosos de corazón. Y así, dice que en el día de su poderío, que llama así el reino descubierta de Cristo, cuando vencido todo lo contrario, y como deshecha con los rayos de su luz toda la niebla enemiga, que agora se le opone, viniere en el último tiempo y en la generacion de las cosas, como puro sol, á resplandecer solo, claro y poderoso en el mundo; pues en este su día, cuando él y lo apurado y escogido de sus vasallos resplandecerá solamente, quedando los demás sepultados en obscuridad y tinieblas, en este tiempo y en este día su pueblo serán príncipes. Esto es todo; sus vasallos serán reyes, y él, como con verdad la Escritura le nombra, Rey de reyes será y Señor de señores.»

Aquí Sabino, volviéndose á Juliano, «Nobleza es, dijo, grande de reino aquesta, Juliano, que nos va diciendo Marcelo, adonde ningun vasallo es ni vil en linaje ni afrentado por condicion, ni menos bien nacido el uno que el otro. Y pareceme á mí que esto es ser rey propia y honradamente, no tener vasallos viles y afrentados.» «En esta vida, Sabino, respondió Juliano, los reyes della, para el castigo de la culpa, están como forzados á poner nota y afrenta en aquellos á quien gobiernan, como en la orden de la salud y en el cuerpo conviene á las veces maltratar una parte para que las demás no se pierdan. Y así, cuanto á esto no son dignos de reprehension nuestros príncipes.» «No los reprehendo yo agora, dijo Sabino, sino duélome de su condicion, que por esa necesidad que, Juliano, decís, vienen á ser forzosamente señores de vasallos ruines y viles. Y débeseles tanto mas lástima, cuanto fuere mas precisa la necesidad. Pero si hay algunos príncipes que lo procuran, y que les parece que son señores cuando hallan mejor orden, no solo para afrentar á los suyos, sino tambien para que vaya cundiendo por muchas generaciones su afrenta y que nunca se acabe, destos, Juliano, ¿qué me diréis?» «¿Qué? respondió Juliano. Que ninguna cosa son menos que reyes. Lo uno, porque el fin adonde se endereza su oficio es hacer á sus vasallos bienaventurados, con lo cual se encuentra por maravillosa manera el hacerlos apocados y viles. Y lo otro, porque cuando no quieren mirar por ellos, á sí mismos se hacen daño y se apocan.

«Porque, si son cabezas, ¿qué honra es ser cabeza de un cuerpo disforme y vil? Y si son pastores, ¿qué les vale un ganado roñoso? Bien dijo el poeta trágico: — Mandar entre los ilustres, bella cosa. — Y no solo da-

(a) Galat. 6, v. 15. (b) Psalm. 109, v. 4. in litter. Heb. E. XVI-II.

ñan á su honra propia cuando buscan invenciones para manchar la de los que son gobernados por ellos, mas dañan muchos sus intereses, y ponen en manifesto peligro la paz y la conservacion de sus reinos. Porque, así como dos cosas que son contrarias, aunque se juntan, no se pueden mezclar, así no es posible que se añude con paz el reino cuyas partes están tan opuestas entre sí y tan diferenciadas, unas con mucha honra y otras con señalada afrenta. Y como el cuerpo que en sus partes está maltratado y cuyos humores se conciertan mal entre sí está muy ocasionado y muy vecino á la enfermedad y á la muerte; así por la misma manera el reino adonde muchas órdenes y suertes de hombres y muchas casas particulares están como sentidas y heridas, y adonde la diferencia que por estas causas pone la fortuna y las leyes no permite que se mezclen y se concierten bien unas con otras, está sujeto á enfermar y á venir á las armas con cualquiera razon que se ofrece. Que la propia lástima é injuria de cada uno encerrada en su pecho, y que vive en él, los despierta y los hace velar siempre á la ocasion y á la venganza.

«Mas dejemos lo que en nuestros reyes y reinos, ó pone la necesidad ó hace el mal consejo y error, y cábenos, Marcelo, de decir por qué razon estos vasallos todos de nuestro único rey son llamados liberales y generosos y príncipes.» «Son, dijo Marcelo, respondiendo encontinente, así por parte del que los crió y la forma que tuvo en criarlos, como por parte de las cualidades buenas que puso en ellos cuando así fueron criados. Por parte del que los hizo, porque son efectos y frutos de una suma liberalidad; porque en solo el ánimo generoso de Dios y en la largueza de Cristo no medida pudo haber el hacer justos y amigos suyos, y tan privados amigos, á los que de sí no merecian bien, y merecian mal por tantos y tan diferentes títulos. Porque, aunque es verdad que el ya justo puede merecer mucho con Dios, mas esto, que es venir á ser justo el que era aborrecido enemigo, solamente nace de las entrañas liberales de Dios; y así, dice Santiago (c) que nos engendró voluntariamente. Adonde lo que dijo con la palabra griega *βουλοθετς*, que significa de su voluntad, quiso decir lo que en su lengua materna, si en ella lo escribiera, se dice Nadib, que es palabra vecina y nacida de la palabra *nedaboth*, que, como dijimos, significa á estos que llamamos liberales y príncipes. Así que, dice que nos engendró liberal y principalmente, esto es, que nos engendró, no solo porque quiso engendrarlos y porque le movió á ello su voluntad, sino porque le plugo mostrar en nuestra creacion para la gracia y justicia los tesoros de su liberalidad y misericordia.

«Porque á la verdad, dado que todo lo que Dios cria nace dél, porque él quiere que nazca, y es obra de su libre gusto, á la cual nadie le fuerza el sacar á luz á las criaturas; pero esto, que es hacer justos y poner su ser divino en los hombres, es no solo voluntad, sino una extraña liberalidad suya. Porque en ello hace bien, y bien el mayor de los bienes, no solamente á quien no se lo merece, sino señaladamente á quien del todo se lo des-

(c) Jacob. 1, v. 18.

merece. Y por no ir alargándome por cada uno de los particulares á quien Dios hace estos bienes, miremos lo que pasó en la cabeza de todos, y cómo se hubo con ella Dios cuando, sacándola del pecado, crió en ella aqueste bien de justicia, y en uno, como en ejemplo, conoceremos cuán ilustre prueba hace Dios de su liberalidad cuando cria los justos. Peca Adam, y condénase á sí y á todos nosotros, y perdónale después Dios y hácele justo. ¿Quién podrá decir las riquezas de liberalidad que descubrió Dios y que derramó en aqueste perdon? Lo primero, perdona al que, por dar fe á la serpiente, de cuya fe y amor para consigo no tenía experiencia, se dejó á el Criador suyo, cuyo amor y beneficios experimentaba en sí siempre. Lo segundo, perdona al que estimó mas una promesa vana de un pequeño bien que una experiencia cierta y una posesion grande de mil verdaderas riquezas. Lo tercero, perdona al que no pecó ni apretado de la necesidad ni ciego de la pasión, sino movido de una liviandad y desagrado de infinito. Lo otro, perdona al que no buscó ser perdonado, sino antes huyó y se escondió de su perdonador, y perdónale, no mucho después que pecó y laceró miserablemente por su pecado, sino cuasi luego, luego como hubo pecado.

»Y lo que no cabe en sentido para perdonarle á él, hízose á sí mismo deudor. Y cuando la gravísima maldad del hombre despertaba en el pecho de Dios ira justísima para deshacerse, reinó en él y sobrepujó la liberalidad de su misericordia, que, por rehacer al perdido, determinó de disminuirse á sí mismo, como san Pablo lo dice (a), y de pagar él lo que el hombre pecaba, y para que el hombre viviese, de morir él hecho hombre. Liberalidad era grande perdonar al que habia pecado tan de balde y tan sin causa, y mayor liberalidad perdonarle tan luego después del pecado, y mayor que ambas á dos, buscarle para darle perdon antes que él le buscara; pero lo que vence á todo encarecimiento de liberalidad, fué, cuando le reprehendia la culpa, prometerse á sí mismo y á su vida para satisfacion y remedio. Y porque el hombre se apartó del por seguir al demonio, hacerse hombre él para sacarle de su poder. Y lo que pasó entonces, digámoslo así, generalmente con todos, porque Adam nos encerraba á todos en sí, pasa en particular con cada uno continua y secretamente.

»Porque ¿quién podrá decir ni entender, sino es el mismo que en sí lo experimenta y lo siente, las formas piadosas de que Dios usa con uno para que no se pierda, aun cuando él mismo se procura perder? Sus inspiraciones continuas, su nunca cansarse ni darse por vencido de nuestra ingratitud tan continua, el rodearnos por todas partes y como en castillo torreado y cercado, el tentar la entrada por diferentes maneras, el tener siempre la mano en la aldaba de nuestra puerta, el rogarnos blanda y amorosamente que le abramos, como si á él le importara alguna cosa, y no fuera nuestra salud y bienandanza toda el abrirle; el decirnos por horas y por momentos con el Esposo (b): —Abreme, hermana mía, esposa mía, paloma mía y mi amada y perfecta, que traigo llena de rocío mi cabeza y con las

(a) Philip., 2, v. 7. (b) Cant., 5, v. 2.

gotas de las noches las mis guedejas. — Pues sea esto lo primero, que los justos son dichos ser generosos y liberales, porque son demostraciones y pruebas del corazon liberal y generoso de Dios.

»Son, lo segundo, llamados así por las cualidades que pone Dios en ellos, haciéndolos justos. Porque, á la verdad, no hay cosa mas alta ni mas generosa ni mas real que el ánimo perfectamente cristiano. Y la virtud mas heróica que la filosofía de los estóicos antiguamente imaginó ó soñó, por hablar con verdad, comparada con la que Cristo asienta con su gracia en el alma, es una poquedad y bajeza. Porque si miramos el linaje de donde descende el justo cristiano, es su nacimiento de Dios, y la gracia que le da vida es una semejanza viva de Cristo. Y si atendemos á su estilo y condicion, y al ingenio y disposicion de ánimo, y pensamientos y costumbres que deste nacimiento le vienen, todo lo que es menos que Dios es pequeña cosa para lo que cabe en su ánimo. No estima lo que con amor ciego adora únicamente la tierra, el oro y los deleites; huella sobre la ambicion de las honras, hecho verdadero señor y rey de sí mismo; pisa el vano gozo, desprecia el temor, no le mueve el deleite, ni el ardor de la ira le enoja; y riquísimo dentro de sí, todo su cuidado es hacer bien á los otros.

»Y no se extiende su ánimo liberal á sus vecinos solos ni se contenta con ser bueno con los de su pueblo ó de su reino, mas generalmente á todos los que sustentan y comprehende la tierra, él tambien los comprehende y abraza; aun para con sus enemigos sangrientos, que le buscan la afrenta y la muerte, es él generoso y amigo, y sabe y puede poner la vida, y de hecho la pone alegremente, por esos mismos que aborrecen su vida. Y estimando por vil y por indigno de sí á todo lo que está fuera dél, y que se viene y se va con el tiempo, no apetece menos que á Dios, ni tiene por dignos de su deseo menores bienes que el cielo. Lo sempiterno, lo soberano, el trato con Dios familiar y amigable, el enlazarse amando y el hacerse cuasi único con él, es lo que solamente satisfice á su pecho. Como lo podemos ver á los ojos en uno destes grandes justos. Y sea aqueste uno san Pablo. Dice en persona suya y de todos los buenos, escribiendo á los corintios, así (c): — Tenemos nuestro tesoro en vasos de tierra, porque la grandeza y alteza nazca de Dios, y no de nosotros. En todas las cosas padecemos tribulacion, pero en ninguna somos afligidos. Somos metidos en congoja, mas no somos desamparados; padecemos persecucion, mas no nos falta el favor. Humillannos, pero no nos avergüenzan. Somos derribados, mas no perecemos. — Y á los romanos, lleno de ánimo generoso, en el capítulo 8 (d): — ¿Quién, dice, nos apartará de la caridad y amor de Dios? ¿La tribulacion por aventura, ó la angustia, ó la hambre, ó la desnudez, ó el peligro, ó la persecucion, ó el cuchillo? —

»Dicho he en parte lo que puso Dios en Cristo para hacerle rey, y lo que hizo en nosotros para hacernos sus súbditos, que de tres cosas, á las cuales se reducen todas las que pertenecen á un reino, son las primeras; resta agora que digamos algo de la tercera y pos-

(c) 11, Ad Corint., 4, a v. 7. (d) Rom., 8, v. 35.

trera, que es de la manera cómo este Rey gobierna á los suyos, que no es menos singular manera ni menos fuera del comun uso de los que gobiernan, que el Rey y los súbditos en sus condiciones y cualidades, las que habemos dicho son singulares. Porque cosa clara es que el medio con que se gobierna el reino es la ley, y que por el cumplimiento della consigue el rey, ó hacerse rico á sí mismo si es tirano y las leyes son de tirano, ó hacer buenos y prosperados á los suyos si es rey verdadero. Pues acontece muchas veces desta manera, que por razon de la flaqueza del hombre y de su encendida inclinacion á lo malo, las leyes por la mayor parte traen consigo un inconveniente muy grande, que siendo la intencion de los que las establecen, enseñando por ellas lo que se debe hacer y mandando con rigor que se haga, retraer al hombre de lo malo é inducirle á lo bueno, resulta lo contrario á las veces, y el ser vedada una cosa desperta el apetito de ella.

»Y así, el hacer y dar leyes es muchas veces ocasion de que se quebranten las leyes, y de que, como dice san Pablo (a), se pegue mas gravemente, y de que se empeoren los hombres con la ley que se ordenó é inventó para mejorarlos. Por lo cual Cristo, nuestro redentor y señor, en la gobernacion de su reino halló una nueva manera de ley, extrañamente libre y ajena de aquestos inconvenientes, de la cual usa con los suyos, no solamente enseñándoles á ser buenos, como lo enseñaron otros legisladores, mas de hecho haciéndolos buenos, lo que ningun otro rey ni legislador pudo jamás hacer. Y esto es lo principal de su ley evangélica y lo propio della; digo, aquello en que notablemente se diferencia de las otras sectas y leyes. Para entendimiento de lo cual conviene saber que, por cuanto el oficio y ministerio de la ley es llevar los hombres á lo bueno y apartarlos de lo que es malo, así como esto se puede hacer por dos diferentes maneras, ó enseñando el entendimiento ó aficionando á la voluntad, así hay dos diferencias de leyes; la primera es de aquellas leyes que hablan con el entendimiento y le dan luz en lo que conforme á razon se debe ó hacer ó no hacer, y le enseñan lo que ha de seguir en las obras y lo que ha de excusar en ellas mismas; la segunda es de la ley, no que alumbrá el entendimiento, sino que aficiona la voluntad, imprimiendo en ella inclinacion y apetito de aquello que merece ser apetecido por bueno, y por el contrario, engendrándole aborrecimiento de las cosas torpes y malas. La primera ley consiste en mandamientos y reglas; la segunda en una salud y cualidad celestial, que sana la voluntad y repara en ella el gusto bueno perdido, y no sólo la sujeta, sino la amista y reconcilia con la razon; y como dicen de los buenos amigos, que tienen un no querer y querer, así hace que lo que la verdad dice en el entendimiento que es bueno, la voluntad aficionadamente lo ame por tal.

»Porque á la verdad, en la una y en la otra parte quedamos miserablemente lisiados por el pecado primero, el cual escureció el entendimiento, para que las menos veces conociese lo que convenia seguir, y estragó perdidamente el gusto y el movimiento de la voluntad, para que casi siempre se aficionase á lo que la da-

(a) Rom., 5, v. 20.

ña mas. Y así, para remedio y salud destas dos partes enfermas fueron necesarias estas dos leyes, una de luz y de reglas para entendimiento ciego, y otra de espíritu y buena inclinacion para la voluntad estragada. Mas, como arriba decíamos, diferéncianse aquestas dos maneras de leyes en esto, que la ley que se emplea en dar mandamientos y en luz, aunque alumbrá el entendimiento, como no corrige el gusto corrupto de la voluntad, en parte le es ocasion de mas daño; y vedando y declarando, desperta en ella nueva golosina de lo malo que le es prohibido. Y así, las mas veces son contrarios en esta ley el suceso y el intento. Porque el intento es encaminar el hombre á lo bueno, y el suceso á las veces es dejarle mas perdido y estragado. Pretende afearlo que es malo, y sucédele por nuestra mala ocasion hacer lo mas deseable y mas gustoso. Mas la segunda ley corta la planta del mal de raíz, y arranca, como dicen, de cuajo lo que mas nos puede dañar. Porque inclina é induce y hace apetitosa y como golosa á nuestra voluntad de todo aquello que es bueno, y junta en uno lo honesto y lo deleitable, y hace que nos sea dulce lo que nos sana, y lo que nos daña aborrecible y amargo.

»La primera se llama ley de mandamientos, porque toda ella es mandar y vedar. La segunda es dicha ley de gracia y de amor, porque no nos dice que hagamos esto ó aquello, sino hácenos que amemos aquello mismo que debemos hacer. Aquella es pesada y áspera, porque condena por malo lo que la voluntad corrompida apetece por bueno; y así, hace que se encuentren el entendimiento y la voluntad entre sí, de donde se enciende en nosotros mismos una guerra mortal de contradiccion. Mas esta es dulcísima por extremo, porque nos hace amar lo que nos manda, ó por mejor decir, porque el plantar y engerir en nosotros el deseo y la afición á lo bueno, es el mismo mandarlo. Y porque aficionándonos y, como si dijésemos, haciéndonos enamorados de lo que manda, por esa manera, y no de otra, nos manda. Aquella es imperfecta, porque á causa de la contradiccion que desperta, ella por sí no puede ser perfectamente cumplida; y así, no hace perfecto á ninguno. Esta es perfectísima, porque trae consigo y contiene en sí misma la perfeccion de sí misma. Aquella hace temerosos, aquesta amadores. Por ocasion de aquella, tomándola á solas, se hacen en la verdad secreta del ánimo peores los hombres, mas por causa desta son hechos enteramente santos y justos. Y como prosigue san Agustín largamente en los libros de la letra y del espíritu, poniendo siempre sus pisadas en lo que dejó hollado san Pablo, aquella es percedera, aquesta es eterna; aquella hace esclavos, esta es propia de hijos. Aquella es ayo triste y azotador, aquesta es espíritu de regalo y consuelo. Aquella pone en servidumbre, aquesta en honra y libertad verdadera.

»Pues, como sea esto así, como de hecho lo es, sin que ninguno en ello pueda dudar, digo que así Moisen como los demás que antes ó después del dieron leyes y ordenaron repúblicas, no supieron ni pudieron usar sino de la primera manera de leyes, que consiste mas en poner mandamientos que en inducir buenas inclinaciones en aquellos que son gobernados. Y así, su obra de todos ellos fué imperfecta y su trabajo careció de



ro, por razon de la grandeza y fortaleza suya, que puso á toda la redondez debajo de sí; mas agora en lo último lo occidental dél es flaco y como de barro, y lo oriental, que tiene en Constantinopla su silla, es muy fuerte y muy duro. Y que este hierro duro de los piés, que segun aqueste parecer representa á los turcos, nazca y proceda del hierro de las canillas, que son los antiguos romanos, y que así estos como aquellos pertenezcan á un mismo reino, parece que lo testificó Daniel en el mismo lugar, cuando, segun el texto latino, dice (a) que del tronco, ó como si dijese de la raíz del hierro de las canillas, nacia el hierro que se mezclaba con el barro en los piés. Y ni mas ni menos el mismo profeta en el capítulo 7, en la cuarta bestia terrible, que sin duda son los romanos, parece que afirma lo mismo; porque dice (b) que tenia diez cuernos, y que despues le nació un otro cuerno pequeño, que creció mucho y quebrantó tres de los otros. El cual cuerpo parece que es el reino del turco, que comenzó de pequeños y bajos principios, y con su gran crecimiento tiene ya quebrantadas y sujetadas á sí dos sillas poderosas del imperio romano, la de Constantinopla y la de los soldanes de Egipto, y anda cerca de hacer lo mismo en alguna de las otras que quedan. Y si este cuerno es el reino del turco, cierto es que este reino es parte del reino de los romanos, y parte que se encierra en él; pues es cuerno, como dice Daniel, que nace en la cuarta bestia, en la cual se representa el imperio romano, como dicho es. Así que, algunos hay á quienes esto parece, segun los cuales se responde fácilmente, Sabino, á vuestra cuestion.

»Pero si tengo de decir lo que siento, yo hallé siempre en ello grandísima dificultad. Porque, ¿qué hay en los turcos por donde se puedan llamar romanos, ó su imperio pueda ser habido por parte del imperio romano? ¿Linaje? Por la historia sabemos que no lo hay. ¿Leyes? Son muy diferentes. ¿Forma de gobierno y de república? No hay cosa en que menos convengan. ¿Lengua, hábito, estilo de vivir ó de religion? No se podrán hallar dos naciones que mas se diferencien en esto. Porque decir que pertenece al imperio romano su imperio porque vencieron á los emperadores romanos, que tenían en Constantinopla su silla, y derrocándolos della, les sucedieron; si juzgamos bien, es decir que todos los cuatro imperios no son cuatro diferentes imperios, sino solo un imperio; porque á los caldeos vencieron los persas, y les sucedieron en Babilonia, que era su silla; en la cual los persas estuvieron asentados por muchos años hasta que sucediendo los griegos, y siendo su capitán Alejandro, se la dejaron á su pesar; y á los griegos despues los romanos los depusieron. Y así, si el suceder en el imperio y asiento mismo hace que sea uno mismo el imperio de los que suceden y de aquellos á quien se sucede, no ha habido mas de un imperio jamás. Lo cual, Sabino, como vos veis, ni se puede entender bien ni decir. Por donde algunas veces me inclino á pensar que los profetas del Viejo Testamento hicieron mencion de cuatro reinos solos, como, Sabino, decís, y que no encerraron en ellos el mando y poder de los turcos, ni por caso tuvieron luz dél.

(a) Daniel, 2, v. 35. (b) Ibidem, 7, v. 8.

Porque su fin acerca deste artículo era profetizar el orden y sucesion de los reinos que habia de haber en la tierra, hasta que comenzase en ella á descubrirse el reino de Cristo, que era el blanco de su profecía, y aquello de cuyo feliz principio y suceso querian dar noticia á las gentes. Mas si despues del nacimiento de Cristo y de su venida, y del comienzo de su reinado, y en el mismo tiempo en que va agora reinando con la espada en la mano, y venciendo á sus enemigos, y escogiendo de entre ellos á su Iglesia querida para reinar él solo en ella gloriosa y descubiertamente por tiempo perpétuo; así que, si en este tiempo que digo, desde que Cristo nació hasta que se cierran los siglos, se habia de levantar en el mundo algun otro imperio terreno fuerte y poderoso, y no menor que los cuatro pasados; de eso, como de cosa que no pertenecia á su intento, no dijeron nada los que profetizaron antes de Cristo, sino dejólo eso la providencia de Dios para descubrirlo á los profetas del Testamento Nuevo, y para que ellos lo dejasen escrito en las escrituras que dellos la Iglesia tiene.

»Y así, san Juan en el *Apocalipsi*, si yo no me engaño mucho, hace clara mencion, clara digo cuanto le es dado al profeta, deste imperio del turco, y no como de imperio que pertenece á ninguno de los cuatro de quien en el Testamento Viejo se dice, sino como de imperio diferente dellos, y quinto imperio. Porque dice en el capítulo 13 (c) que vió una bestia que subia de la mar, con siete cabezas y diez cuernos y otras tantas coronas, y que ella era semejante á un pardo en el cuerpo, y que los piés eran como de oso, y la boca semejante á la del leon, y no podemos negar sino que esta bestia es imagen de algun grande reino ó imperio, así por el nombre de bestia como por las coronas y cabezas y cuernos que tiene, y señaladamente porque, declarándose el mismo san Juan, dice poco despues que le fué concedido á esta bestia que moviese guerra á los santos y que los venciese, y que le fué dado poderío sobre todos los tribus y pueblos y lenguas y gentes. Y así como es averiguado esto, así tambien es cosa evidente y notoria que esta bestia no es alguna de las cuatro que vió Daniel, sino muy diferente de todas ellas, así como la pintura que della hace san Juan es muy diferente. Luego si esta bestia es imagen de reino, y es bestia desemejante de las cuatro pasadas, bien se concluye que habia de haber en la tierra un imperio quinto despues del nacimiento de Cristo, demás de los cuatro que vieron Zacarías y Daniel, que es este que vemos.

»Y á lo que, Sabino, decís, que si Cristo naciendo y comenzando á reinar por la predicacion de su dichoso Evangelio, habia de reducir á polvo y á nada los reinos y principados del suelo, como lo figuró Daniel en la piedra que hirió y deshizo la estatua, ¿cómo se compadecia que despues de nacido él, no solo durase el imperio romano, sino naciese y se levantase otro tan poderoso y tan grande? A esto se ha de decir, y es cosa muy digna de que se advierta y entienda, que este golpe que dió en la estatua la piedra, y este herir Cristo y desmenuzar los reinos del mundo, no es golpe

(c) Apocalip., 13., v. 1.

que se dió en un breve tiempo y se pasó luego, ó golpe que hizo todo su efecto junto en un mismo instante, sino golpe que se comenzó á dar cuando se comenzó á predicar el Evangelio de Cristo, y se dió despues en el discurso de su predicacion, y se va dando agora, y que durará golpeando siempre, y venciendo hasta que todo lo que le ha sido adverso, y en lo venidero le fuere, quede deshecho y vencido. De manera que el reino del cielo, comenzando y saliendo á luz, poco á poco va hiriendo la estatua, y persevera hiriéndola por todo el tiempo que tardare él de llegar á su perfecto crecimiento y de salir á su luz gloriosa y perfecta. Y todo aquesto es un golpe con el cual ha ido deshaciendo y continuamente deshace el poder que Satanás tenia usurpado en el mundo, derrocando agora en una gente, agora en otra, sus ídolos, y deshaciendo su adoracion; y como va venciendo aquesta dañada cabeza, va tambien juntamente venciendo sus miembros; y no tanto deshaciendo el reino terreno, que es necesario en el mundo, cuanto derrocando todas las condiciones de reinos y de gentes que le son rebeldes, destruyendo á los contumaces, y ganando para sí y para mejor y mas bienaventurada manera de reino á los que se le sujetan y rinden. Y de aquesta manera, y de las caídas y ruinas del mundo saca él y allega su Iglesia, para en teniéndola entera, como decíamos, todo lo demás, como á paja inútil, enviado al eterno fuego, y él solo con ella sola abierta y descubiertamente reinar glorioso y sin fin. Y con aquesto mismo, Sabino, se responde á lo que últimamente preguntastes.

»Porque habeis de entender que este reino de Cristo tiene dos estados, así respeto de cada un particular en quien reina secretamente, como respeto de todos en comun, y de lo manifesto dél y de lo público. El un estado es de contradiccion y de guerra; el otro será de triunfo y de paz. En el uno tiene Cristo vasallos obedientes, y tiene tambien rebeldes; en el otro todo le obedecerá y servirá con amor. En este quebranta con vara de hierro á lo rebelde, y gobierna con amor á lo súbdito; en aquel todo le será súbdito de voluntad. Y para declarar esto mas, y tratando del reino que tiene Cristo en cada un ánima justa, decimos que de una manera reina Cristo en cada uno de los justos aquí, y de otra manera reinará en el mismo despues; no de manera que sean dos reinos, sino un reino, que comenzando aquí, dura siempre, y que tiene segun la diferencia del tiempo diversos estados. Porque aquí lo superior del alma está sujeto de voluntad á la gracia, que es como una imagen de Cristo y lugarteniente suyo hecho por él, y puesto en ella por él, para que le presida y le dé vida, y la rija y gobierne. Mas rebélase contra ella, y pretende hacerle contradiccion siguiendo la vereda de su apetito la carne y sus malos deseos y afectos. Mas pelea la gracia, ó por mejor decir, Cristo en la gracia, contra estos rebeldes; y como el hombre consienta ser ayudado della, y no resista á su movimiento, poco á poco los doma y los sujeta, y va extendiendo el vigor de su fuerza insensiblemente por todas las partes y virtudes del alma; y ganando sus fuerzas, derrueca sus malos apetitos della, y á sus deseos, que eran como sus ídolos, se los quita y desha-

ce; y finalmente, conquista poco á poco todo aqueste reino nuestro interior, y reduce á su sola obediencia todas las partes dél; y queda ella hecha señora única, y reina resplandeciendo en el trono del alma, y no solo tiene debajo de sus piés á los que le eran rebeldes, mas desterrándolos del alma y desarraigándolos della, hace que no sean, dándoles perfecta muerte, lo cual se pondrá por obra enteramente en la resurreccion postrera, adonde tambien se acabará el primer estado de aqueste reino, que habemos llamado estado de guerra y de pelea, y comenzará el segundo estado de triunfo y de paz.

«Del cual tiempo dice bien san Macario (a):—Porque entonces, dice, se descubrirá por defuera en el cuerpo lo que agora tiene atesorado el alma dentro de sí; así como los árboles, en pasando el invierno, y habiendo tomado calor la fuerza que en ellos se encierra, con el sol y con la blandura del aire arrojan afuera hojas y flores y frutos. Y ni mas ni menos como las yerbas en la misma sazón sacan afuera sus flores, que tenían encerradas en el seno del suelo, con que la tierra y las yerbas mismas se adornan. Que todas estas cosas son imágenes de lo que será en aquel día en los buenos cristianos. Porque todas las almas amigas de Dios, esto es, todos los cristianos de veras tienen su mes de abril, que es el día cuando resucitaren á vida; adonde con la fuerza del Sol de justicia saldrá afuera la gloria del Espíritu Santo, que cobijará á los justos sus cuerpos, la cual gloria tienen agora encubierta en el alma; que lo que agora tienen, eso sacarán entonces á la clara en el cuerpo. Pues digo que este es el mes primero del año, este el mes con que todo se alegra, este viste los desnudos árboles desatando la tierra, este en todos los animales produce deleite, y este es el que regocija todas las cosas; pues este por la misma manera es en la resurreccion su verdadero abril á los buenos, que les vestirá de gloria los cuerpos, de la luz que agora contienen en sí mismas sus almas; esto es, de la fuerza y poder del espíritu, el cual entonces se les será vestidura rica, y mantenimiento, y bebida, y regocijo, y alegría, y paz, y vida eterna.—

»Esto dice Macario. Porque de allí en adelante toda el alma y todo el cuerpo quedarán sujetos perdurablemente á la gracia, la cual, así como será señora entera del alma, asimismo hará que el alma se enseñoree del todo del cuerpo. Y como ella, infundida hasta lo mas íntimo de la voluntad y razon, y embebida por todo su ser y virtud, le dará ser de Dios y la transformará en Dios; así tambien hará que, lanzándose el alma por todo el cuerpo, y actuándole perfectísimamente, le dé condiciones de espíritu y casi lo transforme en espíritu. Y así, el alma vestida de Dios verá á Dios, y tratará con él conforme al estilo del cielo; y el cuerpo, cuasi hecho otra alma, quedará dotado de sus cualidades della; esto es, de inmortalidad, y de luz, y de ligereza, y de un ser impassible; y ambos juntos, el cuerpo y el alma, no tendrán ni otro ser ni otro querer, ni otro movimiento alguno mas de lo que la gracia de Cristo pusiere en ellos, que ya reinará en ellos para siempre gloriosa y pacífica. Pues lo

(a) Homil. 15.